

Ya no supo, no quiso o no pudo contarme aquella historia.

En su atribulada cabeza mezclaba épocas, hechos y personajes. No puedo decir si hablaba de su madre, de ella misma o de una tercera persona. Una precoz demencia, abonada con litros de alcohol barato, llenaba su relato de lagunas y contradicciones.

Perdida para siempre después de que Dora falleciera, aquella noche hilvanó deshilachadas historias para mí. Sólo una frase se mantenía inalterable, sólo una idea clara entre mil incoherencias. Sólo unas palabras se aferraban a la cordura dentro del vómito continuo, de risas destempladas y lágrimas repentinas:

-. La que llevaba el anillo de casada era ella.

Salía temprano, cada mañana, buscando el único momento del día en que disfrutar de la soledad. Aquel día él estaba despierto y me arrancó el carmín de la boca con su mano:

-. ¡Lávate inmediatamente!, gritó.

Avergonzada limpié el rastro rojo que sus dedos habían esparcido por la cara y salí de la casa. Con paso firme me dirigí a Santo Domingo, con la secreta esperanza de no encontrarme al confesor. Aún me resonaban sus palabras y tenía que respirar hondo para intentar contener las lágrimas.

-. Tú no tienes que sentir nada ni pedir nada, sólo estar ahí para tu marido. Cuando él quiera, lo que él necesite.

Confundida, ni disfruté del amanecer. Cada día rodeaba la fábrica de tabacos frenando el paso para ver despuntar los colores en el puerto. Aquél día no, atribulada, no me di cuenta de que me había adentrado en la calle Plocia hasta mediarla. Entonces los vi. Ella, apoyada en la entrada, medio desnuda, él resbalando la mano por su escote. Paralizada, vi como sus manos se adentraban bajo la ropa. Era una mujer de aquellas. Se reía mientras la apretaba. Lo empujó desvergonzada y al separarse pude ver su cuerpo expuesto sin pudor. Ella apartó el espeso cortinaje y desapareció en el local.

Trastabillado llegó a escasos metros de mí. Un fuerte olor a alcohol me sacó de mi estado de un manotazo. Atravesaba su mirada. Me sentí desnuda, e instintivamente trate de cerrar mi chaqueta gris en inútil gesto defensivo. La blusa cerrada hasta el cuello me hizo sentir ridícula en ese escenario. Tomé conciencia de dónde estaba y aún así no podía moverme. Mil veces me habían dicho que no pasara por esa calle. De refilón y corriendo no podía dejar de mirarla a través del callejón de Los Negros en los paseos hacia la iglesia. Mezcla de fascinación y miedo por lo prohibido.

Y al Callejón de los Negros me arrastró sin hablarme...

En la casapuerta me arrancó la blusa, separó mis piernas y se abrió camino. No hubo resistencia. Ninguna. El camino estaba abierto.

Aún hoy trato de recordar cómo llegué a casa, cuánto tardé en sobreponerme y salir de allí. Busqué una excusa con que justificar mi respiración agitada, el color encendido de mi piel y el temblor del cuerpo. Fue inútil, mi marido apenas levantó la cabeza del periódico. Tampoco creo que me escuchara. Antonia le servía solícita el primera café. Ella, extrañada, con una mirada, me ordenó cubrir el comienzo de mis pechos, libres de los botones arrancados.

La fuerte jaqueca fue real excusa para encerrarme. Hundí la cara en las medias rotas para sofocar el llanto, para confesarme avergonzada que todas aquellas lágrimas no eran fruto de la violencia y la brutalidad. Sollozaba por lo que había sentido, por todo lo que era capaz de sentir. Trataba de encontrar en mi ropa maltrecha el olor, la mezcla de sudor, fluidos y miedo. El sabor a deseo. De hambre atrasada. Mi propio olor. Desconocido hasta ese día.

Permanecí el resto del día encerrada. Apenas probé bocado de la bandeja que Antonia acercó. Me miraba apenada tratando de consolar con silencioso cuidado. Se ofreció a preparar un baño que acepté a última hora. El agua caliente, lejos de reconfortarme, devolvió todas las sensaciones al contacto con la piel. Y más lágrimas.

Le preparé algo de comer y café caliente.

.- La Cabiria empezó a canturrear: "...Mira que amarga ironía que te estés muriendo sola en la calle Compañía".

.- No era mi madre, muchacho. Me recogió de la calle, como a tantos chiquillos del barrio. Nos daba de comer cuando las cosas se pusieron feas. Con agüita caliente nos sacaba la roña y nos curaba los sabañones. Y sí, siempre lloraba, a todas horas, llora que llora por los rincones.

Por un hombre... ¡Anda ya! Las mujeres de una vez no lloran por hombres, chiquillo. Sois mu poca cosa para gastar lágrimas. Lloraba por su niño, por el que se le llevaron. ¿La copla? ¡Malditas coplas! ¿Conoces alguna escrita por una mujer? Las mujeres no lloran por hombres, si acaso de rabia y en su casa, sin que les vean.

.- Voy a gastar las palabras de tanto buscarlas, sin poder poner nombre a todo esto. A la duda, al rechazo continuo, a la desazón de callar cada minuto lo que supone dormir

a tu lado cada noche ¿Por qué te casaste conmigo? ¿Por qué tras nacer mi niño olvidaste que soy una mujer?

La Bizcocha me miró de la frente a los pies incrédula, pero al ver las miradas que me lanzaban los parroquianos intuyó negocio. Sin preguntas. De seis a nueve tenía sitio. Si alguien se va de la lengua no vuelvo. Mis paseos matinales a la iglesia tomaron un rumbo distinto. Cada mañana ahogaba mi hambre por él en cien caras distintas. La Bizcocha hacía caja. Ni preguntas ni respuestas, hasta que largó La Lirio.

- . Allí fue, en el Café de Levante, entre palmas y alegrías, donde cantaba y contaba la Lirio como cada amanecer aquella malnacida con anillo de casada y ojos de mora le levantaba marqueses, tratantes y marinos. Fue en el Café de Levante donde él lo escuchó.

- . Apareció una mañana y la mandó a llamar la Bizcocha con la colilla colgando del labio amarillento. De aquello que hablaron ninguno ha sabido pero al día siguiente él desapareció de Cádiz con su hijo. No los volvió a ver. Nunca.

- . Cuéntalo, cuenta por qué lloraba la Zarzamora. Ah, y quédate los veinte duros, miserias.